

*Juan Ángel Soto Gómez\**

Nelson Mandela: un hombre y su legado en el panorama africano e internacional

## Nelson Mandela: un hombre y su legado en el panorama africano e internacional

### Resumen

Cien años después del nacimiento de Nelson Mandela se observa una Suráfrica que se ha distanciado del curso que él trazó y que elevó a la Nación Arcoíris como torre de marfil. Este documento analiza, desde la perspectiva de las relaciones internacionales, el legado del héroe surafricano. Asimismo, evalúa el deterioro que dicho legado ha sufrido en los últimos tiempos, señalando su estado en la actualidad. Finalmente, se hace una breve mención a la esperanza, con una dosis de incertidumbre, que el futuro puede deparar al legado de Mandela.

### Palabras clave

Nelson Mandela, legado, panafricanismo, derechos humanos, renacimiento africano, excepcionalismo surafricano, Suráfrica, relaciones internacionales.

### *Nelson Mandela: a man and his legacy in the African and international panorama*

#### *Abstract*

*A century after Mandela was born, we contemplate a country that has grown apart from the path he designed, and which elevated the Rainbow Nation as an ivory tower. This*

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

*document analyses, from the perspective of international relations, the legacy of the South African hero. Moreover, this document assesses his legacy's deterioration these past years, pointing out its current state. Finally, it will briefly point out the hope, under great uncertainty, that the future may bring to Mandela's legacy.*

*Keywords*

*Nelson Mandela, legacy, pan-Africanism, human rights, African renaissance, South African exceptionalism, South Africa, international relations.*

## Introducción

El 18 de julio de 1918 nació Nelson Mandela en Mvezo, por entonces parte de la Provincia del Cabo, Suráfrica. Hoy, cien años después, el peso que el nombre de Mandela tiene se asemeja al de otros héroes de nuestro tiempo, como Mahatma Gandhi o Martin Luther King. Su sola mención resulta en ocasiones un bálsamo para acalorados debates, y sus palabras aplacan discrepancias como auténticos argumentos de autoridad. La sombra de Mandela es en verdad alargada, y los frutos de su infatigable hacer perduran en la actualidad, contra viento y marea, si bien lo hacen a duras penas como veremos a continuación.

El propósito de este documento es el de analizar el legado de Mandela tanto en el contexto internacional como en el africano, con el objetivo de representar una imagen fidedigna tanto de Nelson Mandela; el hombre, como de Nelson Mandela; la figura, y lo que ambos lograron. No se pretende aquí actuar como un historiador que, de cara a valorar la relevancia de un hecho histórico o un personaje relevante, tratara de analizar cómo se hubiesen desarrollado los acontecimientos sin que aquel hubiese existido o actuado. Un ejemplo muy representativo es el de Niall Ferguson, brillante historiador y profesor escocés, quien asevera que la entrada de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial fue el mayor error de la historia moderna<sup>1</sup>.

Resultaría un ejercicio verdaderamente estimulante el de vislumbrar qué habría sido de la Sudáfrica de años noventa sin Nelson Mandela. No es descabellado aventurar que el aberrante régimen del *apartheid* habría colapsado de forma inexorable ante su propio agotamiento y la enorme presión interna e internacional contra el mismo, o que el Congreso Nacional Africano se habría hecho con el poder de forma incontestable en las elecciones generales de 1994. Pues bien, el análisis de las posibilidades históricas, pese a resultar fascinante, no es el asunto que ocupa al presente artículo. No obstante, es necesario mantener una visión del contexto de la más alta precisión dado que hay cosas que pueden —y deben— atribuirse merecidamente a Nelson Mandela. Pero hay otras que se han de tratar con cautela, sin otorgar una relación de causalidad donde no exista, tanto en sentido positivo como negativo. Y este *modus operandi* ha de aplicarse tanto a los aspectos más brillantes como a los más oscuros de su legado.

---

<sup>1</sup> A su juicio, tal y como señala en su libro *The Pity of War* (1998), en 1914 no existía una amenaza real contra Gran Bretaña, que podría haber vivido pacíficamente en una Europa continental bajo dominio germano.

Este último apunte viene motivado por el lenguaje de alabanza con el que habitualmente se trata a Nelson Mandela y a otros personajes de su talla; un fenómeno que resulta especialmente intenso en el ámbito periodístico, pero del que el —*a priori*— riguroso mundo académico tampoco escapa. Esto no es sino una muestra de la tendencia natural del ser humano a otorgar a nuestros héroes todas las bondades y, con el fin de preservar su carácter inmaculado, atribuir a las circunstancias o a un sinfín de chivos expiatorios las facetas de oscuridad. Pues bien, no es mi intención la de seguir la cantinela generalizada, así como tampoco pretendo navegar en la equidistancia. Por el contrario, será la ecuanimidad la que rija este artículo. En mi opinión, lejos de resultar en ofensa a lo cuasisacro, así —y solo así— se mostrará el respeto debido a Mandela y su legado, y podremos valorar de mejor forma este, apreciando lo que consiguió no por carecer de defectos o afrontar adversidades, sino precisamente por superarlos. Los propios y ajenos.

Un último comentario resulta pertinente llegados a este punto. Se trata de la aproximación que pretende realizar este documento sobre la figura y el legado de Mandela; la cual quedará circunscrita al ámbito de las relaciones internacionales si bien resulta evidente que no podría entenderse lo logrado internacionalmente sin los éxitos cosechados a nivel interno. Sin más preámbulos, procedamos a abordar el análisis del legado de Mandela en el panorama africano e internacional, sin perder de vista al hombre bajo la larga sombra proyectada por la figura.

### **Idealismo, realismo y pensamiento político de Nelson Mandela**

Cualquier análisis o conversación en el campo de las relaciones internacionales encuentra una forma expositiva clarividente —si bien siempre imperfecta— desde la clasificación dicotómica clásica de idealismo y realismo. El realismo<sup>2</sup> en las relaciones internacionales consiste en una visión que concibe las mismas como un ámbito de extrema competitividad y conflictividad. La unidad suprema bajo la óptica realista es el Estado. Este se mueve, eminentemente, por un instinto de supervivencia y preeminencia, lo que le lleva a una constante lucha por el poder de cara a poder defender sus intereses nacionales y su propia seguridad.

---

<sup>2</sup> El realismo internacional cuenta con una larga trayectoria, afianzada desde la teoría de autores clásicos en el campo de la teoría política como Tucídides o Maquiavelo, hasta su implementación más explícita por parte de líderes políticos como el presidente de EE. UU. George W. Bush.

Por el contrario, el idealismo internacional trata de superar las diferencias insalvables entre los Estados en un esfuerzo por lograr que su *modus vivendi* interno sea también el dominante en las relaciones internacionales y, por ende, el motor de su política exterior. Uno de los primeros propulsores del idealismo internacional fue el presidente de EE. UU. Woodrow Wilson y su máxima expresión fue la Sociedad de las Naciones, creada en 1919 tras la Primera Guerra Mundial, y precursora del denominado orden liberal internacional —cuyo paradigma lo configuran en la actualidad la Organización de Naciones Unidas y la Unión Europea—. Este fenómeno de identificación de una comunidad internacional unida con la filosofía política del liberalismo ha llevado, a su vez, a la concepción de un idealismo muy específico; el basado sobre una filosofía occidental que primordialmente busca promover los valores de autodeterminación democrática y una economía de mercado. En otras palabras, el idealismo queda identificado con el liberalismo internacional. Y es en este marco donde encontramos el pensamiento político de Nelson Mandela —si bien se produce una clara evolución en su pensamiento, como veremos más adelante—.

No hay mucho escrito acerca de la filosofía política del líder sudafricano<sup>3</sup>, lo que se debe, en gran medida, a la percepción de Mandela como alguien no ideológico y eminentemente pragmático. Sin embargo, a mi entender, una forma de actuar basada en la búsqueda de intereses compartidos, acuerdos y reconciliación no denota una ausencia ideológica sino más bien una caracterizada por dichas notas. De hecho, no solo se observa un marcado componente ideológico sino un cambio en el mismo a lo largo de su vida, pues conviene recordar que Mandela lideró el brazo armado del Congreso Nacional Africano, *Umkhonto we Sizwe* o La Lanza de la Nación, a comienzos de los sesenta y hasta su arresto. Por ello, resulta evidente el contraste con el Nelson Mandela que salió de prisión en 1990. En cualquier caso, es preciso aclarar que este punto no busca entrar en valoraciones normativas sobre la moralidad del uso de la violencia ante situaciones de enorme injusticia, sino que meramente pone de manifiesto la ideología enarbolada por Mandela y el gran cambio que se observa entre el periodo de antes y después de su encarcelamiento.

Un análisis aséptico de la figura y el legado de Mandela a buen seguro dedicaría unas palabras a esa etapa de los años sesenta anteriormente mencionada. Sin embargo, la

---

<sup>3</sup> Raras excepciones son los trabajos de Kalumba (1995) y Beresford (2014).

ecuanimidad obliga, junto a la exigida brevedad de este texto, a centrarnos en la década de los noventa, especialmente en su presidencia, pues no hubo legado mayor que el que dejó durante esos años. Y es que la elección de Mandela como el primer presidente sudafricano de raza negra le convirtió definitivamente en la cara visible de una gesta de proporciones épicas. No obstante, es preciso analizar ese momento culmen de transición que fue el que, en última instancia, elevó a Mandela a la categoría de héroe.

Como he señalado en otros escritos<sup>4</sup>, la transición democrática sudafricana se caracterizó por un marcado pacifismo cuyo contraste con un régimen como el del *apartheid* la hace todavía más merecedora de elogios. Resulta absolutamente crucial este elemento de no violencia. Sin embargo, a menudo pasa desapercibido lo complicado que es aplacar y sustituir un sentimiento de venganza y rencor por otro de perdón y reconciliación; olvido que resulta paradójico dado que lo habitual a lo largo de la historia ha sido la primera de estas actitudes. Por ello, la segunda es verdaderamente excepcional. A su vez, este «excepcionalismo sudafricano»<sup>5</sup> elevó a la Nación Arcoíris a una posición de autoridad moral, capaz de influir en el contexto africano y global. Sin embargo, antes de adentrarnos en cuán grande fue el impacto de la influencia de Mandela, conviene buscar las razones que este sostuvo y que sirvieron de roca firme sobre la que construir nada menos que una nación. En otras palabras, hemos de buscar las ideas que subyacen bajo la política externa de Suráfrica durante la era Mandela. Pues bien, el propio Mandela dejó constancia de las mismas en un artículo que escribió en *Foreign Affairs* en 1993, bajo el título «South Africa's Future Foreign Policy», en el cual se vislumbra la imagen más fidedigna —y casi exclusiva— de su pensamiento político y, en especial, de su concepción de las relaciones internacionales y del papel que Suráfrica debía jugar en ellas.

Del citado texto, que no es sino una declaración de principios —y de intenciones—, han de destacarse tres puntos fundamentales que marcarían la política exterior surafricana durante la era Mandela:

1. El énfasis por no olvidar el pasado, pero sí perdonarlo.

---

<sup>4</sup> Ver SOTO GÓMEZ, J. A. «Sudáfrica: ¿un país a la deriva en el nuevo orden mundial?». *Instituto Español de Estudios Estratégicos* 61/2017.

<sup>5</sup> Se entiende por excepcionalismo sudafricano el proceso de transición excepcional a la igualdad racial ocurrido en Sudáfrica, junto a un declarado compromiso a la justicia tanto dentro de sus fronteras como en el exterior.

2. La protección de los derechos humanos doméstica e internacionalmente.
3. Su acentuado espíritu panafricanista.

Estos fueron los sólidos principios sobre los que se erigió la política exterior de Suráfrica en su primera etapa democrática. Ahora bien, conviene analizar cada uno de estos tres puntos con cautela, pues suscribir una serie de principios no implica necesariamente una consecuente actuación en tal sentido, y mucho menos la creación de un legado al respecto.

En este artículo, su autor comienza por mencionar el horror del *apartheid* y su firme compromiso, junto al partido del gobierno, el Congreso Nacional Africano, de construir un nuevo país para ciudadanos libres e iguales, al margen de raza, sexo o credo. La narrativa comúnmente aceptada es que la lucha por la libertad liderada por Mandela derrocó al régimen del *apartheid*. No cabe duda de que esta lucha fue imprescindible para poner fin al régimen. Sin embargo, la realidad incluye también elementos menos heroicos. Y es que el final del *apartheid* se debió, principalmente, a un acuerdo político entre propulsores del cambio y la élite política gobernante, liderado por el entonces presidente sudafricano, Frederik de Klerk<sup>6</sup>. Sin este acuerdo, que redujo considerablemente los privilegios de los que disfrutaba la población sudafricana de raza blanca, la lucha por la libertad y la igualdad racial llevada a cabo por la resistencia contraria al régimen jamás habría conseguido ponerle fin. Por ello, Mandela ha de contemplarse en este punto como una figura representativa de la lucha por la libertad y la igualdad; como un símbolo. Pero no como causante; este lo fue el acuerdo político anteriormente mencionado junto a las sanciones internacionales que contribuyeron a un aislamiento que la propia Suráfrica buscó y sufrió, a partes iguales, desde los años sesenta. Conviene señalar en este punto el gran cambio que se observa en la afinidad internacional de Mandela. En la década de los sesenta, el régimen del *apartheid*, bajo una permanente condena pública por parte del bloque occidental, gozaba de un apoyo soterrado por parte del mismo en la lucha contra el bloque soviético, dado el destacado protagonismo de Sudáfrica en la lucha contra el comunismo en Angola y Mozambique, por citar algunos ejemplos. Y, en contrapartida, el bloque soviético apoyó al Congreso Nacional Africano con armas y financiación en su lucha contra el régimen del *apartheid*.

---

<sup>6</sup> El papel fundamental desempeñado por De Klerk le hizo merecedor, junto a Nelson Mandela, del Premio Nobel de la Paz en 1993. Ambos fueron galardonados también con el Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional en 1992.

Sin embargo, en su renacer democrático, Mandela realizó un giro de ciento ochenta grados, abrazando el orden internacional liberal. Esto denota bien un mero pragmatismo —reflejado en el apoyo al bando vencedor en la Guerra Fría—, o bien un cambio en el pensamiento político de Nelson Mandela o tal vez ambos.

Mandela, por el contrario, sí tuvo un papel destacado en el proceso de reconciliación y de renuncia a cualquier tipo de violencia. Y es aquí donde radica su enorme valía, como se ha mencionado anteriormente. Sin él, no resulta osado vislumbrar un periodo de democratización que bien podría haber tornado en enfrentamiento civil, motivado por deseos de venganza y restitución tras décadas de opresión. Basta con echar un vistazo al proceso descolonizador en países en los que, ante situaciones previas a su autodeterminación que estaban a años luz del sufrimiento ocasionado por el *apartheid*, tuvieron índices de violencia y deseos de reparación muy superiores a los experimentados en Suráfrica. Algunos ejemplos de este fenómeno son Argelia, donde tras la sangrienta guerra de independencia, la población de ascendencia europea —aproximadamente una décima parte del total— fue a Francia, o Mozambique, donde la población portuguesa abandonó rápidamente el país tras lograr este su independencia<sup>7</sup>.

El segundo punto fundamental es el del lenguaje de los derechos humanos, en sintonía con la mencionada incorporación de Suráfrica al bloque democrático liberal. En el artículo de 1993, Mandela señala que los sudafricanos merecen el reconocimiento del derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad; frase idéntica a la recogida en la Declaración de Independencia de los EE. UU. de 1776. Todo ello refleja un compromiso democrático claro. Así lo señalaría más adelante la Carta de la Libertad de 1995, la cual dispone que «Suráfrica pertenece a todos los que viven dentro de sus fronteras, negros y blancos»<sup>8</sup>. Sin embargo, lo que resulta fundamental en la primera parte del texto es la consideración por parte del autor de que nada de lo relatado sucederá salvo que Sudáfrica volviese a participar plenamente en el ámbito internacional.

Se observa así la concepción de Mandela sobre el carácter complementario de la política interior y la política exterior. Por un lado, sin una Suráfrica pacífica, civilizada y cimentada bajo los principios de dignidad e igualdad, cualquier movimiento en la esfera internacional

<sup>7</sup> CAMPBELL, J. «Think Again: Nelson Mandela». *Foreign Policy*. 2013.

<sup>8</sup> Fragmento del preámbulo de la Carta de la Libertad de 1995, declaración de principios básicos elaborada por la Alianza de Congresos Sudafricanos, formada el Congreso Nacional Africano y sus aliados.



dirigido hacia aquellos países que a su vez puedan ser de ayuda para lograr estos objetivos sería en balde. Por otra parte, la política exterior había de traer los socios adecuados a las puertas de Sudáfrica, con el fin de contribuir a reconstruir la nación. Esto no era en absoluto sencillo pues, como se ha mencionado anteriormente, la política exterior sudafricana había sido secuestrada por el tema monolítico del *apartheid* durante décadas, creando un país aislado del exterior, y transmitiendo en la esfera internacional una imagen —acompañada en ocasiones de actuaciones—, tremendamente negativa. La visión de Mandela para la protección de los derechos humanos no se limitaba al ámbito interno. Por el contrario, en su pensamiento resulta característica la concepción de una Suráfrica que estaba llamada a defender los derechos humanos de otras gentes. Esta misiva se puso por obra en numerosas ocasiones y no solo en el continente africano, sino a escala global. Uno de los ejemplos más representativos es la mediación de Nelson Mandela en 1997 para poner fin al conflicto en Irlanda del Norte, facilitando el diálogo entre el grupo nacionalista irlandés *Sinn Fein* y el IRA, y el Partido Unionista Democrático, y que en gran medida hizo posible el Acuerdo de Viernes Santo de 1998. En el panorama africano, destaca por su importancia la mediación de Mandela en 1999 —ya sucedido en la presidencia por Thabo Mbeki— en la guerra civil de Burundi<sup>9</sup>, y cuyo resultado fueron los Acuerdos de Arusha del año 2000.

No obstante, no todo son luces en la defensa de los derechos humanos por parte de Mandela. Quizá por una deuda histórica gracias a la ayuda prestada al Congreso Nacional Africano durante su lucha para poner fin al *apartheid*, o quizá por una reminiscente afinidad ideológica, Mandela se mostró leal a dictadores como Gadafi en Libia o Fidel Castro en Cuba, teniendo ambos un negro expediente en la protección de los derechos humanos. A pesar de ello, como se ha mencionado, la Suráfrica de Mandela caminó firme de la mano del orden internacional liberal durante la década de los noventa<sup>10</sup>, lo que no obsta para que Mandela criticase las actuaciones que a su parecer atentaban contra los derechos inalienables de las personas. Algunos ejemplos son la condena la política intervencionista y militarista del presidente de EE. UU., George W.

<sup>9</sup> MITI, K. «South Africa and Conflict Resolution in Africa: From Mandela to Zuma University of Pretoria, South Africa». *Southern African Peace and Security Studies* 1 (1), 2012, p. 27.

<sup>10</sup> Tal y como señaló en Soto Gómez, J. A. «Sudáfrica: ¿un país a la deriva en el nuevo orden mundial?». *Instituto Español de Estudios Estratégicos* 61/2017. Sudáfrica pasó en pocos años de ser uno de los países más hermetizados del mundo a convertirse en una voz autorizada en el Tratado de No Proliferación Nuclear, miembro del G20 y de los BRICS, así como uno de los diez socios estratégicos globales de la Unión Europea.

Bush, así como también a la ocupación israelí de los territorios palestinos de la Franja de Gaza y Cisjordania. Y también por todo ello resulta encomiable el legado de Mandela en este campo.

El último punto a destacar del artículo de 1993 es el de la defensa del panafricanismo. Una vez más, aquí se observa un claro cambio en el pensamiento de Mandela, así como a su correlativa actuación. Durante la década de los sesenta, su lucha contra el régimen del *apartheid* estaba arraigada en un marcado nacionalismo liberacionista de izquierdas. Por el contrario, su etapa presidencial no se caracterizó por una mirada romántica hacia un pasado africano utópico, sino que, en el marco de la reconciliación y la convivencia, buscó hacer de Suráfrica una nación que elevase a los países de su entorno por encima de las diferencias existentes entre ellos —y también arraigadas dentro de los mismos—, con el fin de fortalecer los vínculos de solidaridad entre africanos. Este espíritu quedó reflejado no solo en su actividad mediadora en conflictos como el anteriormente mencionado de Burundi, sino también en otros actos simbólicos como la designación por parte de Mandela de *Nkosi Sikelel'iAfrika* —que Dios bendiga a África— como himno nacional, lo que da fe del compromiso de Suráfrica no solo para sí, sino también para con el resto del continente africano.

Estos tres puntos: la reconciliación, la defensa de los derechos humanos, y el panafricanismo, son los que elevaron a Suráfrica al estatus de potencia regional de enorme envergadura, configurándose como un país que, en ocasiones anteriores<sup>11</sup> he denominado como Estado pendular o bisagra, dada su capacidad de influir como catalizador en los países de su entorno. A ello contribuyó también un proceso de inversión y comercio exterior —especialmente intracontinental— en el que embarcó Suráfrica al poco tiempo de su renacer democrático<sup>12</sup>.

Sin embargo, el regreso de Suráfrica a la respetabilidad internacional y el carácter sacro de su situación interna se enfrentarían muy pronto ante enormes desafíos. El legado de Mandela se encontraría en una encrucijada; la ruptura por un lado, y la perseverancia por otro. Y durante la última década, pareció optar por la primera vía.

<sup>11</sup> Ver SOTO GÓMEZ, J. A. «Países bisagra en África como motores de desarrollo del continente». *Instituto Español de Estudios Estratégicos* 119/2017, p. 8.

<sup>12</sup> MCNAMEE, T. «Harnessing the Power of Africa's Swing States. The Catalytic Role of Nigeria, Kenya and South Africa». *The Brenthurst Foundation*. Discussion Paper 1/2016.

### El legado de Mandela en la actualidad. Una veloz desacralización

El presidente Thabo Mbeki sucedió a Mandela en 1999 y, durante su primer mandato, fue fiel<sup>13</sup> al curso trazado por Mandela, consolidando a Suráfrica como un actor global de primer orden, bajo los estandartes de la solidaridad y reconstrucción que tanto precisaba África. El panafricanismo que caracterizó a Mandela se vio traducido en una continuación en la misión mediadora de Suráfrica en conflictos como, por ejemplo, la guerra civil que atravesaba la República Democrática del Congo.

Asimismo, se potenció la colaboración sur-sur entre países del mismo entorno, desembocando todo ello en la aparición de un nuevo concepto, el «renacimiento africano»<sup>14</sup>, el cual encapsulaba a la perfección los principios defendidos por Mandela de democratización, respeto por el derecho internacional y defensa a ultranza de los derechos humanos. Así pues, Mbeki preservó el legado de su predecesor, centrándose en la renovación política y socioeconómica sudafricana, a la vez que perseveraba en la integración de Suráfrica en la comunidad internacional y su demarcación como hegemon africano<sup>15</sup>.

Sin embargo, este poderoso resurgir comenzó a decaer durante el segundo mandato del presidente Mbeki (2004-2008), entrando en una tendencia que traicionaba el legado de Mandela y que alcanzó su máxima expresión bajo la presidencia de Jacob Zuma. No obstante, durante los primeros años del mandato de este, Sudáfrica aún suscribía alguno de los principios de su infancia democrática, como la posición de la nación como líder regional o su compromiso para la defensa de los derechos humanos. De forma similar, se mantuvo bajo el marco estructural de las instituciones de Bretton Woods, al menos nominalmente.

A pesar de ello, los síntomas de una deriva que daba la espalda al legado de Mandela fueron numerosos. El ejemplo más representativo en el ámbito de la política exterior fue el evidente giro de la misma hacia Rusia y China. Especialmente desde 2013, Suráfrica

<sup>13</sup> KRASNO, Jean y LAPIDES, Sean señalan en su libro *Personality, Political Leadership, and Decision Making: A Global Perspective* (2015) que el presidente Mbeki era inflexible en el hecho de que Sudáfrica se mantuviese como un sistema democrático. Sin embargo, otros señalan que él fue quien comenzó a volver a «racializar» el discurso político sudafricano, y que el ala violenta de los partidarios de Zuma fue nutrida por la política excluyente y estilo autoritario de Mbeki.

<sup>14</sup> A pesar de ser Thabo Mbeki el máximo propulsor del renacimiento africano, el término fue acuñado por primera vez por Cheikh Anta Diop en una serie de ensayos escritos en 1946 y que luego serían recogidos en su libro *Towards the African Renaissance: Essays in Culture and Development, 1946-1960*.

<sup>15</sup> LANDSBERG, C. «Thabo Mbeki's legacy of transformational diplomacy». Glaser, D. (ed.). *Mbeki and after: reflections on the legacy of Thabo Mbeki*. Johannesburgo: Wits University Press 2010.

dejó de apoyar —al menos, *de facto*— «un panorama internacional cuyas señas de identidad sea el equilibrio multipolar que caracterizaba la visión de Nelson Mandela»<sup>16</sup>. Es especialmente clarividente el informe que elaboró el Congreso Nacional Africano en 2015 titulado *A Better Africa in a Better and Just World*, en el que se dejaba constancia del cambio de paradigma. Este informe disponía los parámetros de actuación que había de seguir Suráfrica en política exterior hasta 2020 y en él se señalaban dos objetivos prioritarios: «En el plano económico, un acercamiento a China; y, en el político, salir del ámbito de influencia norteamericano y tomar la mano de Rusia»<sup>17</sup>.

El distanciamiento entre Sudáfrica y el orden internacional liberal se observó también durante esta época en el desacato del Congreso Nacional Africano al imperio de la ley y a su antaño incuestionable defensa de los derechos humanos, como quedó reflejado en 2015 al permitir a Omar Al-Bashir, presidente de Sudán, abandonar Suráfrica pese a existir una orden de arresto contra él por parte de la Corte Penal Internacional.

Esta involución ideológica, como no podía ser de otra forma, tuvo también su impacto en el ámbito interno. El panafricanismo enarbolado por Mandela quedó rápidamente en entredicho al producirse erupciones xenófobas contra inmigrantes de países limítrofes que entraban en Suráfrica en búsqueda de mejores condiciones de vida y laborales. Asimismo, el proceso de reconciliación se vio pronto obstaculizado por una desigualdad que lo hacía insostenible. Y es que Sudáfrica pasó de ser una nación de razas a una nación de clases económicas y sociales. Sin embargo, las clases económicamente prósperas están configuradas en su amplísima mayoría por el segmento de población de raza blanca, mientras que las clases bajas cuentan con un altísimo porcentaje de personas de raza negra y mixta —los denominados *coloureds*—. Por este motivo, la desigualdad económica saca a relucir dos bloques que se asemejan a aquellos en los que se estructuraba la sociedad durante el régimen del *apartheid*.

A su vez, la deriva ideológica del Congreso Nacional Africano hace que la misiva de reconciliación de Mandela se torne más difícil. Y es que lejos de tratarse algo monolítico, la toma de decisiones y la ocupación del poder dependen de una compleja alianza tripartita del Congreso Nacional Africano, el Congreso de Sindicatos Surafricanos y el Partido Comunista Surafricano, lo que no hace sino retrotraerse a la vertiente ideológica

<sup>16</sup> SOTO GÓMEZ, J. A. «Sudáfrica: ¿un país a la deriva en el nuevo orden mundial?». *Instituto Español de Estudios Estratégicos* 61/2017, p. 17.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

nacionalista y liberacionista que pareció finalizar con el triunfo de Mandela, a la vez que dificulta sobremanera la agilidad del Gobierno para responder a las crisis.

Finalmente, la era Zuma se caracterizó también por una corrupción política rampante —especialmente durante sus últimos años— que afectaba tanto al propio presidente como al partido del gobierno, lo que incrementó el desprestigio y el descrédito del país en la esfera internacional y africana.

El legado de Mandela parecía dilapidado casi por completo a finales del año pasado, a pesar del avance inexorable de nuevos vientos políticos; vientos de reforma y regeneración, de paz y reconciliación, personificados en la figura del partido político Alianza Democrática que es hoy en día el principal partido de la oposición. Sin embargo, es con la elección de Cyril Ramaphosa como presidente de Suráfrica el 15 de febrero de este año —tras la renuncia de Zuma—, donde radica la verdadera esperanza para la supervivencia del legado de Mandela, algo a lo que él mismo hizo referencia durante su discurso sobre el estado de la nación del 16 de febrero, en el que señaló que Suráfrica había de volver con urgencia a abrazar el legado de Mandela.

### Conclusión

Es muy pronto para aventurar qué será del legado de Mandela bajo el gobierno de Ramaphosa. Sin embargo, todo parece indicar que su deterioro ha finalizado tras más de década de expolio. Con la elección de Ramaphosa, el Congreso Nacional Africano ha adoptado una postura ideológica más moderada, quizá por mantener su hegemonía partidista a la vista del avance de otras fuerzas políticas que puedan disputarle el poder, o quizá para lograr una Sudáfrica que se asemeje más a aquella que vislumbró Mandela; una Suráfrica, como hemos visto, construida sobre los pilares de la reconciliación, la hermandad africana y la defensa de los derechos humanos.

No obstante, un legado semejante es de una enorme fragilidad, y el olvido por parte de los sucesores de Mandela de que la prosperidad, la reputación y el respeto requieren constantes cuidados ha hecho mella en el mismo.

Durante los próximos meses seremos testigos de si se produce un golpe de timón que ubique a Suráfrica de nuevo en la senda en la que la situó Mandela hace casi tres décadas.

Solo así será capaz Sudáfrica de solventar las dolencias que padece, recuperar su papel protagonista en las relaciones africanas como hegemon regional y Estado bisagra, y afianzar su preponderancia en la esfera internacional. El tiempo lo dirá.

*Juan Ángel Soto Gómez\**  
*Investigador, Navarra Center for International Development*

## Referencias

AKANJIL, O. O. «South Africa and regional stability in the Mbeki era: The nexus between personality and geopolitical and economic concerns in foreign policy making». *Austral: Brazilian Journal of Strategy & International Relations* 5 (10), 2016, pp. 108-121.

BERESFORD, A. R. «Nelson Mandela and the politics of unfinished liberation». *Review of African Political Economy* 41 (140), 2014 pp. 297-305.

CAMPBELL, J. «Think again: Nelson Mandela». *Foreign Policy*. 2013.  
Disponibile en <http://foreignpolicy.com/2013/12/06/think-again-nelson-mandela/> (último acceso el 14 de junio de 2018).

FIRSING, S. «Remembering Mandela and his foreign policy». *Foreign Policy Association*. 2013.  
Disponibile en <https://foreignpolicyblogs.com/2013/12/06/remembering-mandela-and-his-foreign-policy/> (último acceso el 16 de junio de 2018).

KALUMBA, K. M. «The political philosophy of Nelson Mandela: A Primer». *Journal of Social Philosophy* 26 (3), 1995, pp. 161-171.

LANDSBERG, C. «Thabo Mbeki's legacy of transformational diplomacy». Glaser, D. (ed.). *Mbeki and after: reflections on the legacy of Thabo Mbeki*. Johannesburg: Wits University Press 2010.

LIEBERFELD, D. «Nelson Mandela's legacy for African and international politics». *E-International Relations*. 2014.  
Disponibile en <https://www.e-ir.info/2014/03/14/nelson-mandelas-legacy-for-african-and-international-politics/> (último acceso el 12 de junio de 2018).

MANDELA, N. «South Africa's future foreign policy». *Foreign Affairs* 72 (5), 1993, pp. 86-97.

MCNAMEE, T. «Harnessing the power of Africa's swing states. The catalytic role of Nigeria, Kenya and South Africa». *The Brenthurst Foundation*. Discussion Paper 1/2016.

MITI, K. «South Africa and conflict resolution in Africa: From Mandela to Zuma University of Pretoria, South Africa». *Southern African Peace and Security Studies* 1 (1), 2012, pp. 26-42.

MUTHIEN, Y.; KHOSA, M. y MAGUBANE, B. *Democracy and governance review: Mandela's legacy 1994-1999*. Pretoria: Human Sciences Research Council 2000.

SIDIROPOULOS, E. «South African foreign policy in the post-Mbeki period». *South African Journal of International Affairs* 15 (2), 2008, pp. 107-120.

SOTO GÓMEZ, J. A. «Sudáfrica: ¿un país a la deriva en el nuevo orden mundial?». *Instituto Español de Estudios Estratégicos* 61/2017.

SOTO GÓMEZ, J. A. «Países bisagra en África como motores de desarrollo del continente». *Instituto Español de Estudios Estratégicos* 119/2017.